

Pregón de feria 2015

Antonio Jesús Yuste Navarro

Noche mística,
altar de Dios sobre las estrellas.

Noche única
de entrañas abiertas,
por las que ángeles sin fin
elevan a la Reina.

Por que ayer fuiste Inmaculada,

María,

hoy eres Asumpta.

María de cielos y tierras,

bendita por la Gracia de Dios...

que por la Gracia de Dios

¡Eterna!

Ante esta iglesia, que antes que basílica es mi casa, y bajo la protección de la Madre, Ntra. Sra. de la Asunción, siendo hoy 15 de agosto, no, no me he vuelto loco, simplemente, no podía comenzar de otra manera.

Amigos... en esta noche en la que el influjo de nuestro patrón pone a flor de piel los vínculos que nos unen como pueblo, permitidme que deje a un lado los formalismos y saludos protocolarios. Y, por unos momentos, seamos todos uno: ¡vecinos de un pueblo que a San Bartolomé venera y que siempre se ha sentido seguro bajo su protección!

Queridos ciezanos, mi presencia en esta tribuna escapa a mi comprensión; pues no alcanzo a entender cuál es el mérito que aquí me ha traído. Pero sí he de decir alto y claro que; aunque no lo entienda, me siento orgulloso de haber formado parte de vuestros pensamientos: los de esta venerable hermandad; cuyo afán ha sido siempre marcar la memoria de Cieza con la huella indeleble del *Santo*. Porque en Cieza, ¡oídmelo bien!, nunca hubo más santo, que San Bartolomé.

Como os decía, hoy no sé por qué estoy aquí. Porque nunca se escuchó mejor pregón de feria que el del *Tío la pita* sometiendo con su música a gigantes y cabezudos, mientras dejaba mudo a un niño de siete años con su única presencia. Un pobre *chito* al que ahora no le queda más remedio que buscar palabras. Palabras de ilusión e infancia, de reencuentros y familia, de fiesta y vida..., tantas y tantas palabras necesarias para evocar nuestra feria, para construirla, y que sólo existen en mi memoria dormida. Y con las que anunciaros, si me dejáis, esta fiesta perpetua, de todos y para todos. Trayéndola del ayer al hoy, por quererla eterna para siempre.

Heraldo de la feria aquel *Tío la pita* que, como cada veintitrés de agosto, acudía fiel a su cita al caer la tarde de mi infancia. En esta plaza de mil nombres que, por fin, hoy es Mayor, una bandada de *chitos* de mil colores seguía hipnotizada sus notas, como anticipo de aquellos fuegos de artificio que, horas más tarde, herirían de fiesta el oscurecer. Preludio inefable del que yo era testigo desde el balcón de *La prima Encarnita* -abierto al *Cubico*- y que tenían el poder de hacer claudicar el tedio de aquellas noches de calor. Dando paso a esas otras, de verbena y magia, en las que se imponía el heláico de *Los Valencianos*. El mismo que venía a sustituir, por unos días, al sabroso y socorrido granizado que preparaba mi abuela Rosalía y que, desgraciadamente, ya no volveré a probar nunca más. Aferrados a un vaso de semejante elixir, la vida era aquello que pasaba a nuestro lado, mientras que, sentados en su poyo, sorbíamos ese prodigio de hielo, azúcar y limón.

Pero esto nunca fue antes de que mi madre consiguiera rescatarme de aquella turbamulta de gigantes y cabezudos -entre los que me sentía D. Quijote-. Tarea harto difícil por otra parte; pues le suponía correr detrás de mí, desde la calle *Larga* hasta bien entrados a la de *San Sebastián*: ¡Pobre D. Quijote, pobre de mí...!

Aun así, mi abuela Pascuala -la *maye* Pascualica, piedra angular de mis afectos- siempre me decía que la feria no empezaba hasta el amanecer del veinticuatro de agosto cuando, al son del pasodoble, despertaba la mañana. Entonces, y sólo entonces, el sol descubría uno de los días más hermosos que Dios le ha regalado a Cieza. Aún la siento asomada al callejón de la *Virgencica*, esperando la llegada de la *diana musical*, al compás de la batuta del *Lorito*: Va para dos años que sé que no has vuelto a asomarte a esa esquina, *maye*... los mismos que sé que sigues viva en mi corazón.

Mañana de pasodobles, decía, que evocaba -y me sigue evocando por la hora y por su magia- esa otra mañana eterna, llena de sentimientos e ilusiones en la que una Madre -también de todos los ciezos- nos anuncia el Buen Suceso de su romería.

El día grande de las fiestas había comenzado, era un día significado en el atuendo y el vestir. Era el día de las mejores galas, el de la ropa de los domingos y misa de doce; pues a misa había que ir, aunque ésta fuese a las diez y media. El día en el que Cieza volvía su mirada atrás en el pasado y regresaba vestida de huerta al presente, con sus mejores frutos, para ponerlos a los pies del primero de sus ciudadanos. Instalado en el altar mayor, recuerdo que nunca como ese día lucía tanto San Bartolomé su categoría de patrono de Cieza, de columna de la iglesia, de apóstol de Cristo... ¡de verdugo de pedriscos y tormentas!

Jotas y parrandas, qué mejor preludio para dar una vuelta antes de sentarse a comer, con el tiempo justo de echarse una siesta antes de la tarde más taurina del año. Y otra vez la banda -otra vez el *Lorito*- era la encargada de sacar de su letargo a la Cieza ensimismada. De la mano de mi madre y junto a mi hermano, *Camino Murcia* abajo, el único fin de la matriarca y por el que éramos *arrastrados* junto a ella, era ver entrar a los toreros del

famoseo al mítico coso de *La Deseada*. Y durante la espera, ser testigos de cómo ciertos *aficionados* anticipaban a ese día la *charlotá*, escalando sus muros, para burlar a los porteros de las entradas de tan emblemática plaza. Eran otros tiempos; ahora las paredes son más altas...

Llegados a este punto, he de confesaros que hasta yo mismo estoy sorprendido de escucharme; pues todos aquellos que me conocen saben bien que soy hombre de pocas palabras. Así os lo manifesté a los miembros de esta querida hermandad, el día en que me propusisteis embarcarme en esta aventura. Los mismos que, por otra parte, rechazasteis de plano aceptar cualquier razón por la que me hubiera podido negar: ¡no me arrepiento! Espero que, a estas alturas, no seáis vosotros los que lo estéis empezando a lamentar.

Por mi juventud, mis recuerdos no son tan extensos como los de otros oradores que me han precedido. Y hablar de lo que ya está escrito, siempre me ha parecido desatinado, por no decir aburrido y redundante. Todo ello, unido a mi parca oratoria, me ha obligado a remover una parte de mí mismo que creía olvidada o desaparecida; pero que estaba latente en mi memoria. Así, a mis recuerdos han acudido nombres tan remotos a mi realidad actual como los de *La Nena de la pinina*, *Antoñico de Marcos*, *La Anica del torero*, *El Morena*, mi tía Visita -*La Migala*- o su sobrina -*La chacha Encarna*-... Todo un universo de personajes que, de una manera u otra, se entreteje con mis primeros recuerdos de feria. Algunos por referencia de los otros, como la cólera de *El Morena* cuando hacía retumbar la ermita con su legendaria *diplomacia* -por decirlo de alguna manera suave-. Provocada, según mi sufrida *Tía Visita*, por la escasez de anderos que a veces se obstinaba en amenazar el lucimiento del *Santo*. Eso sí que eran tormentas, y no las de ahora, las que en más de una ocasión pusieron en un aprieto hasta los mismísimos conjuros del patrón. Esta anécdota siempre acudía a los labios de mi tía cuando mirábamos la foto de su marido que, a modo de altar, conservaba sobre su mesilla de noche. En ella aparecía cargado con el trono por la calle de *El Cid* -algunos dirán que maldita, la calle...- y siempre tuve la certeza, contemplándola, de que tan sólo él se hubiera bastado para llevar

a cabo semejante menester, viéndolo tan fanfarrón. Nunca más he sabido de esa foto -¿quién la tendrá?--; pero, afortunadamente, mi tía tuvo el acierto de grabarla a fuego en mi mente con sus palabras.

Otros personajes que han acudido a mi encuentro en esta aventura, lo han hecho por su cercanía al entorno de la ermita patronal. Así, traigo a colación a la *Anica del torero* y su inigualable tesoro de golosinas que, con celo, custodió amorosamente en su *casetica* para los *chitos* del barrio, y cuyo dulce sabor siempre actuó de bálsamo para la chiquillería, durante la tensa espera que precedía a la procesión.

La *Nena de la pinina*, era esa otra mujer clave en estas fiestas. Ella surtía a todo el que se acercaba a su casa -o no- con estampas del santo y revistas de la feria. Además, se encargaba de enviarnos a su nieto y a mí, como Cristo a sus apóstoles, a pegar carteles de los actos de la hermandad por todos los comercios del barrio. Creyéndome por una mañana, la persona más importante y más envidiada del pueblo, al detentar semejante responsabilidad... ¡Bendita inocencia! ¿Quién la pudiera conservar?

Ella, la inocencia, fue la responsable de que, por los ojos de mi abuelo Navarro, el *Santo* fuera para mí, más juez que mártir. Al hacerme ver en el filo de su cuchillo la potestad de su mirada. Con semejante fuerza y desde la cátedra de su trono, pareciese como si el apóstol pudiera escrutar todos y cada uno de los secretos de mi alma. Anotándolos en su libro de madera -decía mi abuelo- cuál *Bartolico Guadaña*... Nada que el olor de unas *pataticas asás* de *El sotanillo* no pudiera calmar después, cortesía del *paye* Navarro.

Y así transcurrían mis días de feria, entre correrías por la iglesia, en las que me perdía por sus capillas, mientras mi abuela limpiaba sus claustros. Y siestas eternas donde jugábamos a esquivar el sueño y hasta algún que otro alpargatazo materno... Muchas horas de caluroso estío que pusieron a prueba la capacidad de mi sistema nervioso; así como el de mis padres. Y en donde el silencio exigido, me ayudó a descubrir mi afán por imitar a Dios en representar con barro la vida. Y así surgió mi primera obra sin

saberlo: un pequeño San Bartolomé de plastilina coloreado, algo titubeante; aunque terrible en su mirar. Audaz y henchido de carácter. Guardián de una iglesia imposible erigida en el mueble de mi salón y que, por retablo, nunca pudo aspirar a más que a una caja de zapatos: ¡Sí, San Bartolomé, tú fuiste el primero en mi vocación y a tu oración la encomiendo esta noche, para que siga siempre fértil, para mayor gloria de Dios!

A diferencia de aquella foto perdida y tan añorada a la que antes he hecho referencia, este primer opúsculo de juventud sí que se conserva; aunque ya sin iglesia. Y cada vez que lo contemplo, veo en él la audacia y el descaro de aquel *chito* que decidió, un día, no aburrirse una tarde de feria, nunca jamás.

Tal vez sea esa tarde que inició una trayectoria, la que me haya traído esta noche ante vosotros. Mientras, por el camino, a éste que hoy intenta no aburriros, nunca le faltó el calor y la cercanía de nuestro santo patrón. Largas fueron las calles y cansados sus recorridos por los que, como monaguillo de esta basílica, acompañé a la imagen de San Bartolomé. Gracias a Dios y a su hermandad, nunca volvió a resonar en la ermita la cólera de *El Morena* ante la escasez de anderos comprometidos con el apóstol. Junto a ellos, me resulta grato pensar que mi presencia ayudó a solemnizar el paso del patrón entre sus fieles, como acólito, como soldado raso de un párroco, D. Antonio Muñoz Catalán, al que desde aquí quiero honrar con estas palabras, por haber abierto sin reservas, de par en par, las puertas de esta santa casa, a su más antiguo morador... cuando soplaban vientos de guerra.

Un pueblo al que, por sus calles; sin embargo, descubrí exiguo en mi transitar por ellas. Y al que, en estos tiempos de campo y playa, aún observo que le cuesta encontrar la manera idónea de acompañar al patrono en su peregrinar: ¿quién sabe si esos *Sudores del Santo*, como antaño aquellos otros cinco, y con los que hoy en día la hermandad nos endulza la boca durante la procesión, no obren el milagro esperado?

Un pueblo que, sin embargo, no duda, año tras año, en acudir y participar masivamente en todas y cada una de las actividades

emblemáticas por las que la feria es esperada. Y, yo aún diría más, admirada en todo nuestro entorno. Decidme si no, quién no aguarda con expectación el día en el que Cieza lanza con orgullo - ¡que no escape!- uno de sus más preciados tesoros al viento. Día de alegría por excelencia, en donde pueblo y fruto se funden para dar a luz a la madre de todas las fiestas. Donde Cieza se abre por sus cuatro costados para hacerse universal en sus visitantes, a la par que inmortal en sus recuerdos... dejando de ser por unas horas *Cieza, la desdichada*.

Probablemente sea la manifestación más popular de estas fiestas; pero no será la única porque, Cieza, subida para la ocasión en autos de locura, no dudará en perderse por los meandros del Segura, al son de paella y gachamigas, hacia días de baile, pasodoble, zarzuela y sevillana rociera. Imparable, sólo podrá ser detenida por el trueno gordo de la traca.

Una feria de ahora que poco o nada tiene que ver con aquellas primeras de mi infancia. En donde aguardaba impaciente la llegada de las casetas, desde esa lejana feria de Jumilla que pareciese el cuento de nunca acabar. El despliegue de esa riada de juguetes por las calles de la *Plaza España*, obraba el milagro de volvernos a todos los niños un poco más locos. Huérfanos de oráculo, no nos quedaba más remedio que refugiarnos en la resignación, a la espera de que nuestros padres se apiadaran de nosotros y nos feriaran. Cruel espera aquella, que solo encontraba alivio, cogido de la mano de mi abuelo Navarro, *Calle Buen Suceso* arriba, al olor de las turroneas. Confieso que yo era un privilegiado; pues, aparte de feriar me mis padres, también era agraciado con la feria de mi *Chacha Fina*. Llegada desde Madrid para el veraneo, probablemente la suya fuese la feria más esperada, por ser la más generosa.

Nada que ver con los tiempos de ahora, en donde mi mayor vinculación con la feria, aparte de los actos en torno a la figura del patrón, es la de visitar las tascas por las noches. De estación en estación con los amigos, como si de un *Via crucis* se tratara, vamos haciendo *penitencia* de tapas y morcillas, de murciana y pipirrana... ¡divina pipirrana! Disfrutando de una feria que, en los

últimos años, es más cofrade que castiza. Hasta el punto de que, en ocasiones, más que la cuenta, haya que pagar la *dolorosa...* Todo sea por que nunca dejemos de venir *A Cieza, por su Semana Santa.*

Atrás quedan aquellos años en los que arribaba el hombro junto a mis hermanos cofrades, para obtener fondos con los que poner en pie la Cofradía de Ánimas. Aún tengo clavados los gritos de mi querido amigo Ramón en el cerebro, intentando organizar aquel aquelarre de camareros, en un último esfuerzo por evitar el apocalipsis. Mientras algún cliente se acordaba de mi familia después de presentarle la cuenta, salida para la ocasión de las manos de mi amigo Juan Carlos -creedme- todo un artista en aquellos menesteres. Y sí, llamadme loco; pero echo mucho de menos todo aquello.

Muy distintas fueron estas noches de las de mi niñez en donde, a lomos de serpientes de luces multicolores, volaba mi infancia inyectada por su veneno de alegría. Noches sin sombras, donde la risa era el antídoto perfecto para, subidos en su tren, robarle la escoba a la bruja. Noches de ilusión y magia en las que las manzanas eran de caramelo y el algodón siempre lo fue de azúcar... Noches sin fin en mis pensamientos; aunque heridas de muerte en el ocaso del sueño.

Amigos, el cansancio y el sueño, los mismos que, tal vez, algunos de vosotros estéis experimentando en estos momentos al escucharme. Quién sabe si deseando secretamente -o a voces- el que me calle. Y estoy de acuerdo con vosotros; pues no es lícito que hoy traicione al hombre de pocas palabras que llevo dentro, alargándome. Ni, por supuesto, prolongue más este trance.

Ahora sí, San Bartolomé, ya exaltada tu feria desde mis recuerdos, tengo que despedirme de ti; aunque, más que un adiós, los dos sabemos que es un hasta luego. Porque, cuando muera agosto volverás a tu casa y, en cada crepúsculo del día, seré testigo del milagro del sol dormido: aquél que desde poniente enciende el fanal de luz de tu ermita en el atardecer de todas las noches. Iluminando el prodigio de Dios sobre nuestra huerta, preñada de

tus bendiciones. La misma luz cuyos reflejos buscan cobijo en mi casa al oscurecer. Y así la consagras con tu presencia, fiel a tu cita día tras día, sellando con ella todas mis plegarias. Y sobre todas, una, ésta que te elevo desde la posición de privilegio en la que me encuentras, y en la que te confío la hora en la que habrá de nacer Mateo, mi primer hijo, para que la hagas corta y buena. A cambio, no dejaré mi boca de pronunciar tu nombre, no tres; sino mil veces y las que hicieran falta, hasta verlo estrechado entre los brazos de mi mujer, Ana: ¡portento de la vida que no acaba!

San Bartolomé; porque eres dechado de bendiciones desde tu ermita, luz que no cesa y que ilumina, ¡conjuro de Dios ante las tormentas de la vida!, una última cosa te pido: protege Cieza, protege su vega y protege a todos sus vecinos; porque sólo ellos han aprendido de ti a hacer bueno tu martirio, dejándose la piel por ellas.

¡Viva San Bartolomé... y viva Cieza! ¡Muchas gracias!